



Hola. Soy Joaquín, pero mi papá me dice «muñeco» porque a los dos nos encanta jugar. A veces peleamos (de mentira) y nos revolcamos en la cama y nos caemos al suelo. Ahí seguimos. Si está conmigo, a él no le importa ni michi arrastrarse como una culebra.

Mis juguetes están siempre desordenados (qué quieres, si sólo tengo ocho años).

Pero mira la colección de juguetes de mi papá. Ordenadísima. Todos son de madera y bien antiguos. Tiene caballos, trompos, pájaros, muñecos, carros y un maromero.

Los ha comprado en sus viajes a la sierra, porque esos juguetes no hay en la ciudad. Mi papá sabe todo. Me ha contado de qué árbol sacaban la madera, cómo los tallaban y los coloreaban con tintes de las flores.

Mi papá sí me deja jugar con ellos, pero tengo que ponerlos después en su sitio. A mí me gustan más los muñecos, porque parecen monstruos y son bien duros para pelear con mis héroes de plástico.

Pero para mi papá el maromero es su preferido, porque dice que es el más grande y ágil de todos los maromeros. Yo creo que, además, tiene unos ojos especiales.

«¡Párate de cabeza!
¡Da vueltas como un remolino!
¡Tuerce tus brazos bien atrás!».

Así le manda mi papá y el maromero hace todo perfecto. A mí antes me gustaba esa actuación y festejaba ¡YEEE!
¡YUPIII! y aplaudía. Pero un día me quedé callado, pensando.

—Pa —le dije—, tú pareces un domador de circo.

—¿Un domador? —me preguntó.

—Sí, porque le mandas gritando.

—¿Al maromero? —dudó mi papá—. ¿Acaso él siente?

—Sí siente, pa, porque... —quise decirle: «sus ojos a veces están tristes»— yo sé que a nadie le gusta que le griten.

—Pero él es de madera —contestó mi papá.

—Para mí es igualito —dije yo un poco molesto y le pregunté—. Si es de madera, entonces, ¿por qué lo guardas y lo quieres tanto?

—Bueno —aceptó mi papá—, le voy a pedir todo «por favor».

Así fue como mi papá empezó a tratar distinto a su maromero. Todas las piruetas se las pedía de lo más educado. Le decía, por ejemplo: «Tenga usted la bondad de hacer siete volantines seguidos» o «Sería tan amable de concederme un triple salto mortal».

También empezó a cuidarlo más. Hasta se compró una escobilla especial y, mientras lo limpiaba, le hablaba bajito. No sé qué cosas le decía, pero a mí me gustaba (porque yo también hablo con mis muñecos). Un día, mi mami le dijo al pasar:

—Te pareces a Gepetto.

Mi papá la miró enojado porque no le gusta que le digan que se está volviendo chocho. Le contestó:

—Estoy conversando con mi maromero cosas de hombres. Tú no comprenderías.



—¡Lo que faltaba!
—exclamó mi mami matándose de risa—. ¡Loco y, encima, picón!

Yo también solté la risa, porque de verdad mi papi es piconazo (le encanta fastidiar a todos, pero no aguanta bromas). Así que acomodó inmediatamente su maromero, guardó la escobilla y se metió refunfuñando a su cuarto.

Mi mami fue detrás de él de lo más cariñosa. Entonces, me quedé solo y pasó algo sorprendente. No creas que estoy fantaseando, porque te prometo que vi al maromero (mi papi lo había dejado paradito) todo retorcido patas arriba y con los ojos chinos de risa.



El sábado vino un chico de mi clase. Es mi mejor amigo, se llama Pedro y tiene un montón de muñecos. Hace tiempo habíamos planeado jugar en mi casa. Además, yo quería enseñarle los juguetes de mi papá.

Jugamos de todo y ni cuenta del tiempo. Estábamos en lo mejor de una pelea entre los pájaros prehistóricos de mi papá y los superhéroes de Pedro, cuando metió su cabeza mi mami:

—Pedrito, tu papi ha venido a recogerte.

Los dos nos quedamos mudos y nos miramos. Yo tenía en las manos dos pájaros grandes y mi amigo tenía a Hércules y a He-Man con sus espadas de fuego.

¿Hay algo peor que te paren el juego en lo más emocionante?

Por ejemplo, cuando estás en la parte YO TENGO EL PODER, YO SOY HE-MANNN y viene alguien y te dice: «Ya ven a almorzar» o «Ya es hora de acostarte».

¡Es horrible! Por eso Pedro y yo nos quedamos congelados como adoquines. Pero de inmediato yo protesté:

—Maaa, ¡qué tal raza!

